

—¡Reparar con el matrimonio!

Entretanto, el afecto de Mauro por Mélitta se teñía de desprecio. Hasta su amor cristalino se enturbiaba al recordarlo, y hablando de él con los amigos, lo evocaba con vulgar irreverencia.

—¿Cómo has podido comprometerte con una señorita?—le preguntó alguien.

—¿Qué quieres?—contestó encogiéndose de hombros.—Porque en el país donde no se encuentran *cocottes*, he tenido que conformarme con una virgen.

\*  
\* \*

Don Cecilio Cacao de Capacaída escribió una larguísima carta para explicar cómo su honor y el de su noble estirpe le impedían emparentar con Donatella, cuya hermana estaba dada a la perversión, y cuyo hermano, viviendo entre los montes, se había expresado de una manera que un Capacaída no podía oír sin sentirse lastimado en su amor propio. Y concluía retirando su palabra de casamiento.

Las riquezas heredadas del tío hacían de él el hombre más rico de toda la región; como tal podía casarse con una decentísima señorita, cuyo nombre llamamos por una explicable delicadeza, adornada de incalculables virtudes y de calculables millones.

El día de la toma de dichos todas las personas conspicuas de la población fueron invitadas a casa de Cecilio: el director de *El Inconcuso* (semanario conservador), el médico cirujano de obstetricia, y algunos muchachos «bien», educados en el temor de Dios y en la veneración del último Borbón. Agotados los acostumbrados y manoseados temas (feminismo, espiritismo, teosofía, movimiento continuo y otros inocentes pasatiempos por el estilo, de lo que, según testimonio de los exploradores, se discute hoy hasta en el más infimo poblacho de provincia) don Cecilio, «que había viajado», dió

una conferencia sobre el Norte, y ahondando más, sobre una población determinada, en la que se habla medio francés, y en donde todas las mujeres—decía trazando en el espacio una línea recta con el pulgar y el índice, y el anillo de prometido—todas las mujeres se entregan a la primera petición. Por otra parte los hombres son tan necios que, en el tranvía basta decir «abonado», para no pagar billete; en el café puede uno levantarse sin pagar, y en toda familia donde hay una señorita sin marido se encuentra de comer y de dormir gratis, a cambio de una vaga esperanza de casarse con ella.

Pero cuando se poseen los nobles sentimientos de don Cecilio, no se puede vivir más de dos meses en una de las corrompidas familias de aquella licenciosa ciudad.

## 9

Donatella se dispuso a entrar en un convento, místico sanatorio para los incurables del amor. El subteniente Bernardo volvióse al regimiento, llamado por un telegrama del servicio a la cabecera de un caballo semental, moribundo de melancolía.

El doctor Sándor y su perra Páprika se volvieron también a los montes. Pero antes de separarse, Sándor e Iluska se abrazaron como si ya no fueran a verse más.



—Acaso—mintió ella—después de que nos casemos vuelva a quererme como antes.

—Lo creo—auguró el hermano, estrechándole la mano por la ventanilla.

El tren se alejó.

—¡Pues yo no lo creo!—pensó Mélitta, buscando el pañolito de seda cruda en el fondo de su bolso de gamuza.

Se volvió. El tren había desaparecido. Sándor tornaba a su destierro con la visión de la sonrisa de Iluska. La sonrisa triste de Iluska: los labios entreabiertos nada más que lo bastante para dejar entrever dos incisivos. Sándor volvía a sus hielos, donde solamente puede vivir un bebedor de silencio, como él, un solitario ébrio de vértigos; volvía a sus dudas tan sereno, a su cándido observatorio donde veía a todos porque no veía a nadie. Era como aquel que, leyendo en el atril la partitura de una ópera, en la soledad y en el silencio, lejos de todo instrumento, siente en su propio cerebro una orquesta entera.

La niña no tenía la maldad del dolor; salido que hubo a la plaza, lanzó un silbido de repetición, y un automóvil que pasaba, describiendo una hábil curva, le puso los neumáticos contra las rodillas.

Mauro salió a abrir.

—Está tu padre—susurró.

—Lo veré con gusto—rebató ella, tranquila, entrando.

—¿Qué vienes a hacer aquí?—preguntó el padre.

—¿Y tú?

—A hablar de ti.

—Pues la persona de quien vienes a hablar, me interesa.

Se arrodilló sobre el diván, y se sentó sobre sus propios pies.

—¡Seguid!—y sacó de una cajita de latón un pellizquito de tabaco rubio, que echó en el hueco de una sutil hojita rectangular.

—Había terminado.

—¿De veras?

—Mañana, las publicaciones; dentro de quince días, la boda.

Mélitta extendió el tabaco con los dos índices, y lió el cigarrillo de un solo golpe, sacudiendo luego las partículas perdidas por las rodillas y las caderas.

El señor Virgili le ofreció lumbre. El no perdía nunca su línea de caballero: continuaba siendo el diplomático estilizado que, diez años antes, sorprendiendo a cierta ladrona, bella y enojada, con las manos sobre unos documentos, quiso curarle personalmente un arañazo en un dedo, mientras se presentaba la policía.

Pero el hombre modernísimo que había permitido a Iluska, la niña de las cosas de muñeca, viajar sola por el mundo, ante el «pecado» de Iluska se había echado atrás, y los dormidos prejuicios habían soliviantado su despreocupada concepción de la vida moderna.

Para defender el núcleo social de la familia, la sociedad saca armas de los más insospechados y profundos escondites. El padre de Mélitta, polígamo, enérgico y expeditivo, acostumbrado a dirigir violentos consejos de administración y a presidir tumultuosas asambleas de accionistas, el inquieto sobre cuyas maletas gritaban su propio nombre los más famosos hoteles del mundo, se había transformado en un pobre padre burgués, oprimido por esta obsesión: «mi hija es una mujer perdida».

Y la tía dulce y panzuda como un azucarero, que estudiaba con ayuda de los lentes las «Mil recetas útiles», y pertenecía a esa clase de personas que si te encargan que les eches una carta te la dan abierta, ahorrándose así la molestia de poner saliva, la buena tía había adquirido de pronto el perfil de los horrendos chinos legendarios que ejercitan la piratería en el Mar Amarillo.



—Le había fijado a mi hija una dote de...—y pronunció una cantidad.

Mauro respondió:

—No sé qué hacer con eso.

—Pero he dispuesto, por el contrario, darle...—y dobló la cifra.

—He declarado ya que no quiero dinero.

—Tiene que mantener a su mujer.

—No pienso en semejante cosa.

—Pues está obligado a pensar.

—Pensaría si la hubiese pedido; pero imponiéndomela, no.

—Porque le ha sido impuesta, es por lo que le brindamos el medio de atender largamente a sus necesidades.

—¿Y si yo, después de la ceremonia nupcial, no me preocupo más de mi mujer, y la planto en las mismas escaleras de la alcaldía?

—El caso está previsto por la ley. Pero usted no lo hará.

El padre cogió los guantes.

—Vamos, Huska.

—Me quedo.

—Tú vienes.

—Que me quedo. ¿No es acaso mi prometido? Pues ¿qué temes?

—Es inútil decirte lo que temo.

—Es inútil decírmelo, porque lo que temes ha sucedido ya.

—¡Ni más ni menos! Ven conmigo.

—Puedes insistir tres horas seguidas y no obtendrás nada. Conque vas a hacer mejor papel marchándote tres horas antes.

El señor Virgili se puso los guantes de cuatro onzas, y salió dignamente, alisándose su menguado cabello con una mano, antes de encasquetarse el sombrero.

—Mauro, ¿es verdad que no me quieres ya?

Se achicó, encogiéndose, cuanto pudo y lo acarició

con sus frescos dedos, que sabían a jazmín y a tabaco rubio. La estancia sumergíase en las sombras del anochecer. Quedaron callados. En el cuarto se multiplicaba el rayo de un farol de la calle.

Apoyó su cabeza sobre el hombro de Mauro, rozándole la cara con los cabellos, y le preguntó, en un lenguaje de canción zingara, dónde se había quedado el amor.

—Junto a un pequeño lago de los Alpes, verde como una bebida, y que parecía poder sorberse con una paja—canturreó ella, acariciadora. Y evocó el mechón amarillo de árnica, que le había servido de almohada; y la mariposa celeste, pequeño triángulo de esmalte, parada sobre el libro del poeta malogrado; y el dosel azul bajo el cual habíanse unido sus cuerpos en un milagro de pureza; y el frágil albergue de caza martilleado por el granizo y alumbrado por los relámpagos, donde le había besado estremecida de miedo.

Mauro callaba, teniéndola entre los brazos. Pero veía en lontananza otra Mélietta, la que le había dado amor solamente, la que entre dos espejos de luces cruzadas se rasuraba la nuca, con la navaja, a la *victime*, envuelta en el revelador vestido de crespón, el de los dragones rojos y los crisantemos amarillos, en el que había sentido palpar por primera vez su tibio seno y enarcarse sus nerviosas caderas de zingara rubia. La que palpitaba ahora entre sus brazos no era más que una ridícula contrafigura de aquella.

—¡Vete, vete! No te amo ya.

La niña se levantó, cruzó la estancia como un autómatas y se perdió en la noche. Al tocarse una sien caliente, sintió resbalar por el hueco de la mano una gota que parecía haberse quedado prendida en el cabello.

Era una lágrima de su amante.

Con aquella gota de llanto en la palma, siguió adelante, al acaso, transfigurada, en la sombra,